

en ella el punto de partida, el origen exacto de la afección. Cada caso de demencia presenta un carácter particular que en nada se parece á los otros, ó, como dice el adagio, vulgarizando la frase, cada loco tiene su tema. Ese terrible azote es, pues, un escollo contra el cual se estrella muchas veces la ciencia, un enigma cuya clave no encuentra el facultativo sino penetrando con perseverante solicitud en el laberinto de las pasiones humanas, esto es, prescindiendo del escarpelo del anatómico para recorrer á la luz de la psicología esa vastísima region llamada *misterios del alma*.

No bien tomé en Madrid el grado de doctor, solicité y obtuve una plaza de médico en el establecimiento de locos de Sevilla, y me consagré con afán al alivio de esos infelices, privados del mas precioso de cuantos dones ha concedido el cielo á las criaturas.

Una casa de orates es un campo vastísimo abierto á las meditaciones del filósofo. Detras de cada enfermedad, se ve allí una historia palpitante y dramática, y muchas veces un corazon desgarrado por inauditos dolores. Si fuera posible escribir, con todos sus detalles, á continuacion de los nombres que figuran en el libro de entrada la biografía de los infelices albergados en esos establecimientos, estoy seguro de que esas páginas de la vida real habian de ser mucho mas conmovedoras que las de Balzac, de ese gran disector del alma. Sí, señoras: una casa de orates, para el que á fuerza de estudio y de abnegacion aprende á coordinar las manías, los propósitos inconexos, los disparates que hacen reír á los profanos, y los gritos salvajes de los furiosos, es un mundo de acerbos dolores flotando en el caos de la inteligencia.

Cuatro años pasé en aquel establecimiento.

Los albergados se hallan divididos en tres secciones ó grupos: los furiosos, los pacíficos ó maniáticos y los convalecientes. Los primeros están en jaulas ó tugurios separados, y los segundos reunidos en un departamento especial, bajo la vigilancia de los loqueros. En cuanto á los últimos, que nosotros llamamos *locos razonables*, andan sueltos por el establecimiento y muchas veces los ocupan en algunas labores de la casa.

Un dia del mes de Diciembre, en que reinaba un fortísimo levante, despues de haber hecho mi visita de ordenanza, bajé á la cocina á inspeccionar los alimentos, y encontré al rededor del fogon á quince ó diez y seis convalecientes.

—¿Qué hacen ustedes por aquí, buenas alhajas?

—Calentarnos, señor doctor,—me respondieron.

—Hemos estado trabajando en el patio y teníamos frio! . . .

—¿Y el cocinero?

—Ha salido ahora mismo á repartir la primera sopa.

En seguida empezaron las reclamaciones de ordenanza.

—Señor doctor, ¿cuándo me da usted de alta?

—Yo tengo ganas de salir de aquí!

—A mí no me dan mas que media racion de carne! . . .

—Diga usted al director que me releve de picar la sopa. . . .

—Y á mí de acompañar al despensero á la plaza! . . .

—Yo estoy ya completamente bueno y desearé ir á reunirme con mi familia! . . .

—Y yo! . . .

—Y yo! . . .

Satisface cada una de estas peticiones con una palabra benévola, con una esperanza mas ó ménos remota, y me dirigí á probar el puchero.

Debo prevenir á ustedes que el puchero en los grandes hospitales es una inmensa caldera, cuya capacidad asciende ordinariamente á mas de mil cuartillos. Como que entre enfermos y dependencias sirve para alimentar á quinientas ó seiscientas personas.

Hice que me descorrieran la tapa, tomé en la cuchara un poco del hirviente líquido, y le acerqué á mis labios. . . .

En esto, el grupo de los convalecientes se habia

retirado al otro extremo de la cocina, y llegó á mis oídos un animado cuchicheo.

Volví la cabeza, y ví á uno de los *locos razonables* perorando en voz baja entre los demas, y gesticulando de una manera que me dió malísima espina.

El murmullo se hacia cada vez mas distinto y llegaban hasta mí palabras entrecortadas.

—Magnífica idea! . . .

—Excelente! . . .

—Y qué será sabroso! . . .

—Hagámoslo! . . .

—Pero sin que lo sepa el cocinero! . . .

—Hermoso caldo! . . .

—Como que está muy gordito! . . .

—Vaya un chasco para los otros! . . .

—Chist! . . .

—Chist! . . .

Y el grupo de convalecientes avanzó en masa hácia mí, andando de puntillas y llevándose el dedo á los labios.

La actitud de los locos, sus misteriosos murmullos y sus originales exclamaciones despertaron en mí imaginacion una terrible sospecha.

Entonces debí ponerme horriblemente pálido, pero no perdí mi serenidad.

—¿Qué mil diablos están ustedes chuchicheando?—les dije encarándome con ellos.

—Nada, señor doctor,—me respondió misteriosamente el de los gestos sospechosos.—¿Que vamos á dar un chasco al cocinero y á todas las personas de la casa!

—¿Un chasco?

—Mo, no es chasco!—añadió otro—sino una leccion: vamos á enseñar á esos marmitones la manera de hacer un *buen caldo*!

—Un caldo riquísimo! . . .

—Un caldo de privilegio!

—Aromático! . . .

—Sabroso! . . .

—Nutritivo.

—Sin igual!

—Y no esa porquería que hacen ahí!

Y sin que pudiera pedir auxilio ni abrirme paso hácia la puerta, los dementes se echaron sobre mí y me levantaron del suelo, gritando entre risa y algazara:

—A la caldera! . . . á la caldera con él!

—¡Dios mio! qué horror!—interrumpió doña Justa.

Adelina no pestañeaba.

—Conocí que estaba perdido!—continuó el médico.—Los corredores inmediatos se hallaban desiertos. . . . no debia esperar socorro de nadie:—solo Dios podia hacer un milagro, y creo firmemente que le hizo dándome una inspiracion feliz.

Cuando me ví en el borde de aquel hirviente abismo, cerré los ojos horrorizado. . . . Los locos me tuvieron suspendido un instante, mientras me recomendaban *que no dijera nada* cuando viniese el cocinero.

El vapor del líquido empezaba á escaldarme el rostro.

Entonces, en aquel momento de suprema angustia, apoyé la mano derecha, cuya quemadura conservaré mientras viva, en el extremo de la gran tapa de cobre, casi descorrida, y les dije con cuanta serenidad me fué posible en tan inminente peligro.

—Pero, imbéciles! . . . ¿Van ustedes á meterme con ropa y todo? . . . ¡Pues no hay duda que harán un buen caldo con mi gaban azul y mis botas embetunadas!

Esta objecion me salvó la vida y me libró de morir cocido.

Los locos me depositaron en el suelo y empezaron á mirarse unos á otros, con el mismo aire de sorpresa que revela el rostro de un campesino al explicarle un fenómeno científico.

Un rayo de esperanza iluminó entonces mi alma.

Antes que ninguno de ellos tomase la palabra, porque en ese caso ya no habia remedio para mí:

—Tontos!—continuó con una sonrisa que debió

ser una mueca de condenado—¿iban ustedes á echarme allá con todos estos adminículos? . . . pues buena la hubieran hecho! . . . dejen ustedes que vaya á desnudarme, y despues ya es otra cosa! . . . Ven tú, Cisneros, á tirarme del gaban, y tú, Rendon, á quitarme las botas! . . .

Y con tranquilo paso, me dirigí hácia la puerta de la cocina, acompañado de mis dos nuevos ayudados de cámara, quienes, dóciles á mi voz, seguian detras de mí.

—Quien lo entiende lo entiende!—decia un loco.

—Pues buen potaje íbamos á hacer si no es por su advertencia!—añadia otro.

—¡Y que á ninguno se nos ocurriera una cosa tan sencilla!

—Vaya un caldo que hubiera salido! . . .

—¡Eh! . . . chist! . . .—exclamaron dos ó tres corriendo detras de nosotros. ¡Que no se den ustedes por entendidos! . . .

Volví la cara y me llevé un dedo á los labios. . . .

No podia hablar! . . .

—¡Qué bueno es el doctor! . . .

—¡Y qué complaciente! . . .

Estas fueron las últimas palabras que llegaron á mis oídos al trasponer los corredores.

Cuando llegué al pié de la escalera, subí los peldaños de cuatro en cuatro y no paré hasta la administracion.

Mis dos improvisados ayudados de cámara me seguian á lo lejos.

Los dependientes de la oficina se asustaron al verme llegar;—mi palidez debia ser espantosa!

—¿Qué hay, doctor, qué ocurre?—me dijo uno de ellos.

—Nada! . . . dé usted orden que se encierre á todo el mundo hasta que caiga este maldito levante, y que se redoble la vigilancia en todos los departamentos! . . . ¿Ha marchado ya mi compañero? . . .

—No, señor.

—Pues que le avisen inmediatamente que venga á sangrarme!

III.

El doctor mojó otro bizcocho, y apuró el resto de la copa.

—Desde aquel dia—continuó—en que me ví á dos dedos de morir cocido, he desconfiado siempre de los *locos razonables* y no he vuelto á probar la sopa. . . . En mi casa no se pone puchero, sino cuando hay algun doliente, ó algun convidado. Pero ya sea en mi casa ó bien en la de mis enfermos, cada vez que el vapor del caldo llega á mi rostro, siento un desagradable escalofrio y me extremezco involuntariamente.

—¡Pobrecito doctor!—exclamó Adelina, estrechando entre las suyas las manos del médico,---y qué susto tan grande debió usted pasar!

—Horrible, hija mia, horrible!

—Otra copita, doctor, para borrar el recuerdo,---dijo doña Justa.

—No, señora, gracias! . . . vuelvo á la ciudad á cumplir con mis enfermos.

Y el bondadoso facultativo acarició las mejillas de la convaleciente, recomendándole mucho no hacer excesos, tomó su látigo y, despues de montar á caballo, se alejó al trote de la quinta de Harendizabal.

FEDERICO DE LA VEGA.

LA METEMPSÍCOSIS.

I.

Hallé una historia, lector, en un viejo pergamino, donde prueba un sabio autor, ¡ay! que el variar de destino, sólo es variar de dolor.

II.

FLOR.

—Flor, primero abandonada, entre unas yerbas broté, envidiosa y no envidiada, sin ver sol me marchité, llorando y sin ser llorada.